

El azaroso viaje de la Hispanidad en nuestra Argentina de hoy

Javier Roberto GONZÁLEZ

*Decano
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Católica Argentina*

En 2015 las Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval de nuestra Universidad Católica Argentina cumplen treinta ininterrumpidos años. Se trata de un dato que no debería tomarse a la ligera ni minusvalorarse en sus alcances y significados, dado que la vigencia y la salud de un consolidado foro internacional de hispano-medievalistas en la Argentina de hoy no deja de consistir, casi podría decirse, en un acto de testimonial resistencia. Malas y torpes modas corren, según las cuales la Edad Media y España son tenidas en amplios sectores del campo cultural e intelectual argentino por objetos de estudio mayormente ajenos a nuestra identidad y a nuestros intereses y necesidades. Imagino en quienes nos visitan de otras tierras un conato de asombro y aun de incredulidad, pero muchos de mis colegas del pago sabrán de qué hablo. La herencia hispánica es sistemáticamente renegada por cierto discurso en boga, empeñado en construir imaginarios paralelismos entre aquella conquista y aquel imperio y los denunciados imperialismos actuales, y dedicado a convertir a la Historia, mediante la vulgar herramienta del siempre dócil anacronismo, en absorbente arena para la sangre que cuele de las actuales disputas ideológicas. Nuestra identidad americana intenta postularse así al margen de la española que le es inescindible, y en semejante operatoria no es casual el paulatino abandono de categorías geoculturales tradicionales y consistentes, como *Hispanoamérica* o *Iberoamérica*, y su reemplazo por la más antojadiza e inasible de *Latinoamérica*, entelequia que debería rechazarse, ahora sí, por escandalosamente imperialista —bien se sabe que el término fue acuñado por la diplomacia de Napoleón III para fortalecer argumentativamente la intervención francesa en México—, y que con curioso temple discriminatorio acoge en sus límites al Haití francófono, pero excluye a la no menos francófona Québec.

En semejante clima de época, se da el caso de que hasta los mismos hispanistas, personas que han dedicado sus vidas al estudio y a la valoración ecuánime de la civilización hispánica, comienzan ya a sentir cierto reparo, cuando no abierta vergüenza, de definirse y presentarse públicamente como tales, imaginan reprochables incompatibilidades entre su condición de argentinos y su profesión de especialistas en las cosas de España, y para precaverse tanto de la incorrección política cuanto de posibles marginaciones dentro de los círculos académicos, se apresuran a redefinir sus investigaciones y a orientarlas hacia temas más “americanos y nuestros”. Son desde luego, y por fortuna, aunque muy ruidosos e influyentes, apenas los rechinantes engranajes de una máquina molesta mas minoritaria, abrumadoramente superada por la sensatez y la adulez de quienes la juzgan tan irritante cuanto fútil. ¿Podríamos acaso, como argentinos, desconocer la innegable tradición que nuestro país supo cimentar en torno de los estudios hispánicos a partir de figuras como Américo Castro, Amado Alonso, María Rosa Lida, Ángel Rosenblat, Frida Weber de Kurlat, Isaías Lerner, o Germán Orduna? ¿Podríamos aspirar a una comprensión siquiera liminar de la compleja realidad americana sin una referencia constante a su componente hispánico, y a través de él, a ese sustrato medieval que viajó con las naves de la conquista y la colonización para arraigar en nuestro suelo y para sembrar en él, para bien o para mal, no pocos de los que vendrían a ser rasgos constitutivos de nuestra cultura? ¿Podríamos por ventura seguir temiendo todavía, como pareciera ser el caso según se escucha a veces, que el reconocimiento y la celebración de nuestra común, legítima y feraz civilización hispánica pudiera llegar a confundirse o identificarse con trasnochadas nostalgias de aquel añejo y desvencijado hispanismo doctrinario e ideológico de cartón pintado, hoy felizmente una pieza de museo a ambos lados del Atlántico? Son prevenciones y temores vanos, amén de necios, pero el caso es que hasta al mismísimo 12 de octubre, para escamotearle su sentido propio, lo han convertido en una nueva y distinta celebración, muy encomiable, pero que nada tiene ya que ver con la hispanidad, y en pleno centro de nuestra ciudad, junto a la Casa de Gobierno y para vaya a saberse qué sorda admonición o secular castigo, yacen desde hace largos meses en la peor incuria los escombros atónitos de lo que fue el más hermoso monumento dedicado a Colón que se haya erigido en América. De grado aceptamos el consejo de los maestros del psicoanálisis, está bien y es necesario asesinar simbólicamente a los padres para poder madurar y autoafirmarse, pero el caso es que ese asesinato ya lo ejecutamos en 1810, y empeñarse nuevamente en él doscientos años más tarde solo puede ser calificado de patológica adolescencia tardía.

Afortunadamente, si algo tienen de bueno las modas, como sentenciaba Oscar Wilde, es que resultan a tal punto insoportables que nos vemos obligados a cambiarlas cada seis meses. Más de seis meses lleva, por cierto, la que acabo de describir y deplorar, pero también a ella, como a todas, le llegará su saludable ocaso, y cuando eso ocurra podremos con íntima felicidad congratularnos por no haber cedido a su imperio banal.

En 2008, en ocasión de la apertura de la novena edición de las Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval de nuestra Universidad, dedicadas a celebrar los quinientos años del *Amadís de Gaula* de Montalvo, me permití aludir a tres gestos operativos o modos básicos de tender un sujeto hacia su objeto deseado, que son como un esbozo o un germen de las diversas posibilidades de ficción narrativa: la *guerra* —cuando dos sujetos antagónicos tienden polémicamente hacia el mismo objeto—, la *cópula* —cuando dos sujetos se buscan recíprocamente, siendo cada uno el objeto del otro—, y el *viaje* —cuando un sujeto tiende a un objeto lejano u oculto que busca en solitario o en compañía—. Si bien *Amadís* y los libros de caballerías presentan en sus tramas una integración de los tres gestos, es evidente que de los tres es el de la guerra el gesto dominante en la caballerescas; en las Jornadas de 2011, dedicadas al quinto centenario del *Cancionero General* de Hernando del Castillo, homenajeamos a la lírica, principalmente amatoria, y en ella se impone con idéntica evidencia la primacía de la cópula como el gesto más propio. Saldadas así nuestras deudas con la guerra y con la cópula, correspondía a las Jornadas de 2014 celebrar al viaje, que describe y narra, precisamente, el proceso de obtención —o de no obtención— del objeto por el sujeto a lo largo no solo del tiempo, sino del espacio. El viaje se convierte así en el gesto característico de la vivencia sucesiva del espacio, de un espacio que es medida y clave de la acción del sujeto de desear, de obrar y de obtener.

A menudo el espacio no es más que el mero escenario del proceso, el ámbito dinámico en el que obra el sujeto en pos de su objeto deseado; otras veces, en cambio, el espacio se convierte en el instrumento ejecutor, en el medio por el cual el sujeto obra y obtiene lo que quiere; finalmente, el espacio puede ser el mismo objeto deseado y perseguido, según famosamente sucede en la errancia caballerescas o en muchos de los relatos de los grandes viajeros: el objeto no reside ya en una meta local de antemano definida, sino surge a lo largo del trayecto como una sucesiva y paulatina emergencia y consolidación de este. Es el viajar por el viajar mismo, el salir a la aventura, el lanzarse al camino por lo que el propio camino ofrece. El objeto se identifica con el azar, con la sorpresa, con lo desconocido anhelado y soñado.

Pero hay, desde luego, además del objeto-meta y del objeto-trayecto, una tercera posibilidad de viaje, la del objeto-huida; en ella lo que se persigue no radica ya ni en un punto final prefijado ni en el camino que se recorre, sino en el punto de partida que se abandona, en un centro rechazado que se postula como negación y evasión. No se trata ya de buscar lo que no se tiene y se desea, sino de despojarse de lo que se tiene y se abomina. Es el descentramiento de sí, la ponderación de los márgenes como espacios, reales o simbólicos, de nuevos, imprecisos e interpelantes valores que regeneren el ser y le confieran nuevo sustento. Cada época y coyuntura espiritual y cultural define de modo distinto el tipo de viaje que mejor representa y sintetiza sus aspiraciones y mitologías. Hoy, sin duda alguna, el más adecuado y postulado parece ser este último, el del viaje de descentramiento y de persecución del margen.

No se trata por cierto de una modalidad nueva, sino de la reformulación posmoderna y fragmentarista de un patrón antiquísimo de búsqueda y fascinación de lo apartado, lo distinto, lo desconocido, lo *otro*. Los viajeros medievales se veían atraídos por las lejanas tierras de Oriente y los primeros modernos por las más incógnitas aún de América, donde esperaban y se proponían encontrar las maravillas más radicalmente ajenas a su experiencia y a su cotidianeidad. Pero hay allí una diferencia con el descentramiento de hoy: entonces, el viajero se apartaba de su centro europeo hacia el Oriente del Índico o hacia el extremo Occidente de América, por una parte, para comunicar a esos márgenes las virtudes civilizatorias de un centro que ellos portaban consigo, y por otra, para enriquecer después ese centro, a su regreso, con lo recogido en los márgenes visitados, para vitalizarlo con las energías y los bienes, materiales y espirituales, que los portentos radicados en aquellos lejanos y vigorosos límites podían aportar a las ya exhaustas áreas centrales; vale decir, se valoraba siempre el margen en función de un centro que estratégica y temporariamente se abandonaba, pero no se despreciaba ni renegaba. Hoy, por el contrario, el margen se valora en sí mismo, no ya en función del centro sino en contra de él, no ya para asimilarlo a este sino para postularlo en lugar de este, lo cual entraña, claro, la rara paradoja de una imparables y perpetua deconstrucción por la cual cada margen postulado y obtenido contra el viejo centro acaba convirtiéndose en un nuevo centro al cual debe oponerse incesantemente, en un proceso sin fin, otro margen, y luego otro, y luego otro. La utopía viajera de nuestro tiempo se define así por un espacio que continuamente estalla en más y más espacios alternativos y sucesivos, en múltiples márgenes que se abandonan apenas se alcanzan y se sustituyen unos a otros en un vértigo irrefrenable.

Y he aquí, entonces, el verdadero objeto tras el cual corre y se afana el sujeto de los viajes posmodernos: el vértigo, la enajenante experiencia de la velocidad y la fugacidad como valores supremos y también, paradójicamente, como las únicas posibilida-

des de descanso y reposo de una voluntad incapaz ya de sentirse contenida en centro alguno. ¿Podrán los estudios sobre el viaje reunidos en este volumen ofrecer, al menos simbólica y modestamente, la ocasión de un momentáneo sosiego más allá y a despecho de esos vértigos falsamente seductores? ¿Podrán contribuir, si no ya a la definición de nuevos y sólidos centros hoy imposibles —y acaso indeseables—, al menos a la rememoración y justa apreciación de aquellos viejos centros, ya acogedores, ya agobiantes, que pautaban siempre, de un modo u otro, los desplazamientos espaciales y espirituales del hombre medieval? El pasado nunca sirve para edificar el presente mediante llana imitación o brutal restauración, pero sí sirve, y mucho, para comprender y transformar el presente mediante ponderada comparación y oportuno contraste. Al presentar este tomo monográfico de *Letras* dedicado a *Studia Hispanica Medievalia X* y a los discursos sobre el viaje hago votos porque el tesoro de aquel pasado medieval y español que nos convoca enriquezca e ilumine este presente argentino y americano que, antes que ajeno o autónomo, le es ineluctablemente heredero y tributario.